**AVANCEMOS EN LA ADORACIÓN COMO NOÉ** Génesis 8:20-21, 9:1

INTRODUCCIÓN

 Hace unas décadas atrás se publicó un libro acerca del “Poder de la Alabanza” con el testimonio de muchos que fueron sanados de enfermedades graves cuando comenzaron a alabar a Dios; a otros se le abrieron puertas de oportunidades, otros recibieron la respuesta a sus oraciones después de muchos años de estancamiento. El descubrimiento del poder de la alabanza fue una gran revelación para las iglesias, a tal punto que muchos cambiaron su forma de pedir a Dios en las reuniones de oración y en el culto privado. En lugar de elevar a Dios quejas y reclamos por lo que estaban viviendo, comenzaron a expresar gratitud y afirmaciones de fe y confianza en Dios. Incluso cambió el ambiente cuando se cantaba. En lugar del letargo y la letanía de viejos himnos la reunión se llenó de expresiones de exaltación y canciones de júbilo.

 La canción de Denny Berrios “Alaba a Dios” muestra la médula de esta doctrina de la alabanza, cuando dice en su segunda estrofa

Oh, alaba. Simplemente alaba

 ¿Estás llorando? Alaba

 En la prueba, alaba

 ¿Estás sufriendo? Alaba

 No importa, alaba

 Tu alabanza Él escuchará

 Dios va al frente, abriendo caminos

 Quebrando cadenas, sacando espinas

 Manda a sus ángeles contigo a luchar

 Él abre puertas, nadie puede cerrar.

 Él trabaja para los que confían

 Camina contigo de noche y de día

 Levanta tus manos, tu victoria llegó

 Comienza a cantar, y alaba a Dios.”

Sin embargo, cuando se trata de la adoración el panorama se vuelve brumoso, como cuando caminamos en medio de la niebla y no distinguimos bien el camino ni vemos los beneficios ni el poder que tiene la adoración, aunque hemos repetido muchas veces las palabras de Jesús que “**Dios es Espíritu y los que adoran en espíritu y en verdad es necesario que le adoren” y que “el Padre, tales adoradores busca que le adoren**” (Juan 4:24, 23) aun nos falta descubrir cómo hacerlo y qué produce la adoración

Popularmente se utiliza la palabra “adorable” que significa “digno de adoración” en otro sentido, es decir para decir que alguien es encantador, cautivador, fascinante. Por ejemplo, decimos “¡Qué niño adorable! Me encanta su sonrisa”, y utilizamos la misma palabra para señalar una “mujer adorable,” una “casa adorable”, una “pintura adorable” y mil objetos, mascotas, animales que son “adorables” porque consideramos encantadores. El problema surge cuando nos referimos a Dios del mismo modo. Dios es adorable, encantador, fascinante. Y aunque lo sea, no es éste el sentido de la adoración que Dios requiere de nosotros.

La palabra empleada en el Nuevo Testamento en griego para adoración es *proskuneo* que se traduce por “arrodillarse delante” o también “postrarse adelante”, rendir homenaje, adorar, como una señal de total reverencia, respeto y sumisión a Dios, que va más allá de la postura física del adorador. La adoración para ser genuina debe brotar de lo más profundo del alma, para convertirse en adoración en “espíritu y en verdad”

Cuando adoramos así, podemos hablar del poder de la adoración, del mismo modo que del poder de la alabanza. La adoración cobra un nuevo sentido que nos hace avanzar en nuestro crecimiento espiritual.

**I AVANZAMOS EN LA ADORACIÓN CUANDO NOS DISPONEMOS PARA ADORAR**

Génesis 8:20 “**Y edificó Noé un altar a Jehová, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar**.”

Cuando Noé salió del arca después del diluvio cuando las aguas bajaron, podría haberse postrado para adorar a Dios apenas tocó la tierra. Noé tenía motivos para adorar a Dios porque había sobrevivido y toda su familia estaba sana y salva, pero no lo hizo inmediatamente porque prefirió edificar antes un altar para Dios y preparar una ofrenda. Quiso hacer memorable su tiempo de adoración preparándose para ese evento significativo. Y para esto hizo un montículo de piedras en un lugar elevado, sobre esa elevación puso ramas secas y madera que luego encendió para hacer un holocausto con la ofrenda de los animales limpios que había seleccionado. Y mientras ardía su ofrenda sobre el altar, Noé permaneció orando en adoración a Dios. Y todo este proceso le llevó varias horas, incluso un día entero que dedicó para Dios.

Tomando esta forma de adoración primitiva podemos rescatar un principio para hacer significativo este tiempo dedicado a Dios. Al menos, una vez a la semana debemos dedicar un tiempo para adorar. La iglesia cristiana desde sus inicios, aparte del sábado dedicó el primer día de la semana, es decir, el domingo para reunirse en un lugar para adorar y ofrendar, como lo indicó el apóstol Pablo en 1 Corintios 16:2 “**Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado…**” Esto nos muestra que cada domingo, es decir, cada primer día de la semana, se levantaba una ofrenda en las reuniones de las iglesias como una parte de la adoración.

Pero la adoración no consistía solamente en ir a un lugar para reunirse con otros cristianos y ofrendar, sino que también para ofrecerse a sí mismos como una ofrenda. Se reunían para ofrecerse ellos mismos como un holocausto, una ofrenda para Dios, según las instrucciones del mismo apóstol que dijo “**Así que hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional**” (Romanos 12:1) Por eso, cuando se nos pregunta a dónde vamos, respondemos “estoy yendo al culto en la iglesia”. Si bien se utiliza la palabra “culto” para referirse a una persona, por ejemplo, “aquel hombre es culto”, queriendo decir que es educado o que tiene formación académica, es un hombre que sabe. Pero “culto” también significa celebración a Dios por medio de cantos, oraciones, predicación, enseñanza, bautismos, la Cena del Señor, y la comunión unos con otros, que resume todo el sentido de la adoración. Y en ese “**culto racional**” ofrecemos nuestros cuerpos en “**sacrificio vivo**”. Nos ofrecemos a nosotros para ser purificados con el fuego del altar de Dios mientras cantamos y elevamos nuestras fervientes oraciones.

De pronto, todas nuestras reuniones en la iglesia toman sentido cuando damos ese paso para avanzar en la adoración. No venimos aquí solo por reunirnos, venimos para adorar colocándonos nosotros en el altar de Dios como un sacrifico vivo y santo. Esto significa que hemos edificado un altar para Dios, hemos separado nuestras ofrendas y nosotros mismos nos ofrecimos como ofrenda.

**II AVANZAMOS EN LA ADORACIÓN CUANDO AGRADAMOS A DIOS**

Génesis 8:21 “**Y percibió Dios olor grato; y dijo Dios en su corazón: No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho**.”

Nuestra adoración pude agradar o desagradar a Dios. Dios percibe la intensión de nuestro corazón, nuestros íntimos pensamientos, y si lo que hacemos en su presencia es lo correcto percibe el aroma de un perfume que sube a su presencia, y como en la adoración de Noé, percibe un aroma grato, como dice el texto “**Y percibió Dios olor grato**”

Así como percibimos olores desagradables cuando abrimos una caja donde hay algo podrido e hediondo, inmediatamente nos alejamos, también Dios se aleja de nosotros si percibe algo malo cuando nos acercamos en adoración. En el norte se utiliza mucho la palabra “catinga” para referirse a un olor desagradable e intenso que emana del cuerpo de una persona al sudar. Si alguien tiene mal olor, se le dice “catingudo”, y es una palabra que fue incorporada al Diccionario de la Real Academia Española.

 Por el contrario, sentimos placer cuando percibimos el olor de un delicado perfume. Los buenos perfumes nos relajan y producen asociaciones positivas en nuestro cerebro. Y la ofrenda, es decir, el holocausto que ofreció Noé a Dios fue como un agradable perfume, porque el texto dice “**Y percibió Dios olor grato, y dijo Dios en su corazón: No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre**” Su ofrenda fue un perfume que generó en Dios algo maravillosamente positivo, generó la decisión de no maldecir más la tierra.

 La Biblia nos describe lo que experimentó Isaac cuando sintió el olor de su hijo. En Génesis 27:27 dice “**Y Jacob se acercó, y le besó; y olió Isaac el olor de sus vestidos, y le bendijo, diciendo: Mira, el olor de mi hijo, como el olor del campo que Dios ha bendecido”.** Y sobre la base de este texto, el apóstol Pablo escribió **“Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan…**” (2 Corintios2:15) Dios nos huele y se goza cuando tenemos el olor de su Hijo Jesucristo. Ese olor solo lo pueden tener los que tienen a Cristo en su vida, aquellos que lo recibieron en su corazón.

 Cuando la iglesia en Filipos en un culto levantó una ofrenda para Pablo y se la envió por medio de un hermano de la congregación llamado Epafrodito, recibió en respuesta una carta donde acusaba recibo diciendo: “**todo lo he recibido y tengo abundancia, estoy lleno habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis, olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios**” (Filipenses 4:18) Vemos que Pablo percibió el perfume de esta ofrenda, percibió el “olor grato”

 Y a los Efesios, el apóstol Pablo les habló del perfume del amor. La iglesia está perfumada cuando en ella se siente el perfume del amor según Efesios 5:2 que dice “**Andad en amor como Cristo nos amó, y se entregó a si mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante**.” Cuando uno ama de esta manera, cuando uno ama como Cristo, cuando uno se entrega a si mismo a otros por amor, desprende el perfume, el olor fragante de este sacrificio a Dios.

 ¿Cómo es nuestra adoración cada vez que nos reunimos? ¿Agrada a Dios? Recordemos que el culto es para Dios y no para nosotros. Si es para nosotros juzgaremos si nos gusta la música, las canciones elegidas, juzgaremos a los que presiden, a los que cantan, a los que atienden el servicio y diremos si está a nuestro gusto o no. Pero si realmente venimos para adorar a Dios nos preguntaremos si le agradamos a él. Quiera el Señor movernos a una adoración reamente centrada en Él que podamos decir como Jesús “**Porque el que me envió, conmigo está…porque yo hago siempre lo que le agrada**”.(Juan 8:29) Y en Eclesiastés 2:26 dice “**Porque al hombre que le agrada, Dios le da sabiduría, ciencia y gozo**”. ¿Qué nos da Dios cuando le agradamos? Nos da “**sabiduría, ciencia y gozo**”. ¡Gloria a Dios!

**III AVANZAMOS EN LA ADORACIÓN CUANDO GLORIFICAMOS A DIOS**

Génesis 9:1 “**Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra**.”

 Glorificamos a Dios cuando lo hacemos glorioso y famoso, glorificamos a Dios cuando le damos “la honra debida a su nombre”. Glorificamos a Dios cuando exclamamos “¡Gloria a Dios!” y aplaudimos. Glorificamos a Dios cuando creemos en su palabra. El apóstol Pablo escribió que todo lo que hagamos debe ser hecho para la gloria de Dios. Debemos vivir de tal manera que alumbremos, y que la gente al ver nuestra luz glorifique a Dios, dijo Jesús. Y una de las maneras que Dios sea glorificado es cuando fructificamos profusamente y abundantemente. Jesús dijo “**En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos**” (Juan 15:8)

 Cuando Dios bendijo a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, llenad la tierra” lo dijo para que su nombre fuera glorificado. La fructificación y la multiplicación elevan la gloria de Dios. Cuando Dios llenó de estrellas y galaxias el universo fue glorificado, porque “**Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos**” (Salmos 19:1) cuentan la gloria de Dios con la sinfonía de millones de galaxias. Del mismo modo, nosotros también debemos glorificar a Dios y “**llenar la tierra**” haciendo discípulos, debemos llenar la tierra con el evangelio como dijo el apóstol Pablo en Romanos 15:19 **“…de manera que desde Jerusalén, y los por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo.**” Esta es una maravillosa manera de glorificar a Dios, porque cuando más nos multipliquemos, más gloria recibirá nuestro Señor.

Dios es glorificado con el crecimiento exponencial de la iglesia, porque ese crecimiento es el resultado de la bendición de Dios. Porque “**bendijo Dios a Noé y sus hijos**” y los bendijo diciéndoles “**fructificad y multiplicaos y llenad la tierra**”, y cuando Dios nos bendice, nos bendice con fructificación y multiplicación. Es la bendición y solo la bendición de Dios que produce frutos y multiplicación, porque en última instancia, nada de lo que hagamos puede producir vida y crecimiento, solamente Dios, porque según Pablo “**el crecimiento lo da Dios**” (1Co. 3:6). Podemos sembrar, regar y abonar, pero el crecimiento lo da Dios definitivamente.

Todo nuestro crecimiento y ensanchamiento depende de la bendición de Dios, por eso, hacemos nuestra la invocación de Jabes, quien invocó al Dios de Israel diciendo: **“¡Oh, si me dieras bendición, y ensancharas mi territorio, y si tu mano estuviera conmigo, y me libraras de mal, para que no me dañe! Y le otorgó Dios lo que pidió**.” (1 Crónicas 4:10) ¡Oh, si Dios ensanchara nuestro territorio con la salvación de muchas almas! Por eso, hago un llamado a la iglesia a la oración por las cuatro campañas que tendremos en el mes de marzo en Villa Dolores del 1 al 3; en Los Talas, 15 y 16, en Villa San Carlos, 22 y 23 y en Villa Tranquila, Ensenada, 29 y 30 de marzo. Que también ensanchara con su bendición nuestro territorio en Ferré con la Brigada Misionera el 30 de marzo. “**¡Oh, si me dieras bendición y ensancharas mi territorio! ¡y le otorgó Dios lo que pidió!**”

CONCLUSIÓN:

 Podemos notar lo que ocurrió después que Noé concluyó su adoración y después que Dios percibió el olor grato de su ofrenda. Fue tan importante la adoración que hizo brotar de los labios de Dios una promesa: “**dijo Dios en su corazón: No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre**”. Si alguna vez pensamos que nuestra adoración no mueve el amperímetro, no cambia nada, recordemos lo que produjo la adoración de este hombre llamado Noé por la que Dios decidió no maldecir nunca más la tierra.

 Sin embargo, sobre la humanidad permanece bajo una maldición, que es la maldición del pecado que nos aleja y separa de Dios. Por eso, mayor fue la obra de Cristo, cuando la maldición fue quitada en el momento que ofrendó su vida en la cruz para salvarnos porque todos estábamos bajo maldición. El apóstol Pablo dijo: “**Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)** (Gálatas 3:13) Noé ofreció un sacrificio, pero Jesús se ofreció a sí mismo para morir en nuestro lugar. Y así mató la maldición en su cuerpo al morir en la cruz, porque él mismo se hizo a sí mismo maldición para destruir la maldición y darnos la gloriosa bendición de ser hechos hijos de Dios.

 Cuando creemos en Cristo y lo recibimos en nuestro corazón ocurre el milagro de la salvación, porque Cristo hace su morada en nosotros. Su presencia en nuestra vida hace que el Padre perciba su aroma en nosotros y diga “es el olor de mi Hijo”. “**Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan**”

 Si aun no recibiste a Cristo Jesús estás bajo maldición, sentenciado a la condenación eterna, alejado de las promesas de Dios, pero si hoy le recibes, el cambiará la maldición en bendición y te dará el privilegio de ser hecho un hijo de Dios y heredero de Cristo.